Núm. 1. CÁDIZ: Domingo 16 de Julio de 1848. Diez cuartos.

BIBLIOTE Cádiz. TECNICA

LA TERTULIA.

PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA Y DE ARTES.

LA MUJER.

Confesamos francamente que al ocuparnos de este sexo lo hacemos, si bien con cierto gusto, con no poco temor de atraernos el enojo de algunas señoras, á quienes no place la justa imparcialidad de los escritores, sino únicamente los necios y estremados encomios. Muy comun ha sido entre los que han analizado los sentimientos de la mujer, pecar de exagerados, ya convirtiéndose en sus detractores, ya en sus panegiristas. Para los primeros queda reducida á un mero instrumento de placer: para los segundos, es por el contrario una emanacion del cielo que ilumina y vivifica al hombre; ya es una esclava á quien menosprecian, ya un ángel á quien adoran. Desacertados y fuera de razon caminan en nuestro concepto los unos y los otros al hacer tales pinturas. No parece sino que los resentimientos y los desaires han puesto la pluma en manos de aquellos, y los favores y agradecimientos en las de estos últimos, segun huyen de describir á la mujer, tal como es y ha sido en todos tiempos.

En la precision de elegir entre ambos estremos, no titubearíamos en ponernos del lado de los encomiadores de un sexo digno de las mayores consideraciones, pues estamos íntimamente persuadidos de que quien menosprecia á la mujer se envilece á sí propio, y contribuye tal vez sin saberlo á la corrupcion de las costumbres. Nuestro intento al escribir una serie de artículos, que en otra ocasion hemos comenzado, ha sido tan solo analizar, tales cuales las comprendemos, las prendas de la mujer, sin ocultar los defectos que sean hijos de su misma organizacion, ó del género de educacion que han recibido.

Dos lados presenta la mujer bajo los cuales es preciso examinarla, si se ha de comprender á fondo; el de los sentimientos y el de la razon. Empecemos por el de los sentimientos.

Es cosa fuera de duda que la organizacion de la mujer carece de la fortaleza que Dios ha concedido al hombre; pero que tambien en cambio sus fibras son mas ténues y delicadas. De aquí tal vez dimane, como observa Rey, esa finura y esa flexibilidad en los sentimientos, finura y flexibilidad que son tan solo patrimonio esclusivo de la mujer y de manera alguna del hombre. De aquí ese tacto esquisito de que está dotada, para saber cuál es la cuerda que conviene hacer vibrar en el corazon del hombre, atendidos su carácter, sus ideas y otra multitud de circunstancias. Cómo es posible de otro modo imaginar que solo la razon hiciera el profundo y minucioso análisis que exige el conocimiento del hombre moralmente hablando, cuando apenas bastaria la del filósofo mas observador, para abarcar tantos y tan diversos elementos, poder formar un juicio pronto y exacto de cada persona, y comprenderla hasta el punto de llegar á sojuzgarla por completo, como en muchos casos sucede á la mujer? Indispensable es recurrir á los sentimientos para esplicar este hecho universalmente reconocido. Ábrase la historia y en ella se hallarán multitud de ejemplos de mujeres que han poseido el arte de dominar á los mas distinguidos monarcas, y que no por eso les han sido superiores en talento ni en saber; el triunfo que han alcanzado no ha sido por lo general obra de la razon; mas bien fruto de ese tacto delicado, cuyo orígen está en los sentimientos y solo en los sentimientos. De qué otro modo se comprende el influjo que Mad. Maintenon logró tener en Luis XIV, llegando hasta el estremo de conseguir esta la mano de un monarca, que en tanta estima tenia su dignidad y que en repetidas ocasiones habia

desdeñado las de las mas ilustres y esclarecidas princesas? Era tal el poder enérgico de aquella cortesana, que un rey que en tantas y en tan difíciles circunstancias habia dado muestras de gran energía de carácter y de no menos resolucion, se sentia débil é irresoluto delante de una mujer, hasta el punto de pedir socorro á los talentos de Bossuet y Fenelon, para disuadir á esta princesa del empeño de hacer público su matrimonio. Y cuenta que no estaba enamorado Luis XIV de Mad. de Maintenon. Ejemplo tambien de lo ya dicho, es el ascendiente que la princesa de Ursino llegó á ejercer en el ánimo de Felipe V á quien dominaba como á un niño; dominio que no hubiera perdido á no ser por la astucia y maquiavelismo del cardenal Alberoni. Pero qué mas? el mismo Demóstenes no sufria gustoso el yugo de Aspasia, dando esto márgen á que con razon se dijera de él que en un dia echaba por tierra una mujer el fruto de un año entero de meditacion? No consiguió la esclava y querida de Pedro el Grande hacerle olvidar su baja estirpe, y obtener su mano, obligando al Czar á que repudiase á la Emperatriz Eudoxia?

Cuántos otros ejemplos podriamos sacar de la historia análogos á los ya citados! todos prueban claramente la existencia de ese esquisito y delicado tacto, que distingue á la mujer, y de que tanto se aprovecha para saber conducirse con el hombre que se propone dominar. Y cuidado que no debe olvidarse que esta especie de instinto es de todo punto independiente del amor, cuyo dominio es de distinto linaje, de muy otra naturaleza.

J. R.

DESALIENTO.

Pasad, ay! hechiceras
Visiones, que halagais mi pensamiento!
Pasad, dulces quimeras,
Como nubes ligeras
Que el sol derrite y que disipa el viento.

Por qué llenas de encanto
Acariciais mi loca fantasía,
Si luego, con espanto,
Tristeza solo y llanto
Dejais traidoras en el alma mia?

Por qué descarriada,
Loca imaginacion, tus alas tiendes,
Buscando enajenada
Esa dicha soñada
En cuyo amor frenética te enciendes?

Poéticas ficciones
Que la razon á comprender no alcanza!
Hermosas creaciones
De alegres ilusiones!
Ya no engañais mi crédula esperanza.

Fué por ventura un dia
En que mi mente juvenil, inquieta,
Con cándida alegría
Poblaba de armonía
Los sueños deliciosos del poeta.

Dulce paz de mi alma
Por qué tan breve de mi pecho fuiste
Por qué, con mi ignorancia,
La fácil inconstancia
De este mi corazon desvaneciste?

Con qué vivos fulgores
Sonrió mi apacible primavera!
Con qué dulces colores
Descollaron las flores
Del paraiso de mi edad primera!

Yo contemplé la vida
Tras de ese prisma caprichoso y vario
Y el alma entretenida
Con su ilusion querida,
Verdad creyó su Edem imaginario.

Siempre á la mente ufana
Era vivido el sol, hermoso el dia,
Y en la fresca mañana,
Con nubes de oro y grana
El cielo para mí se embellecia.

Y cuando ya doliente,
El claro disco de su luz velando,
Bajaba al occidente,
Los rayos de su frente
En los vapores de la mar quebrando,

Las nubes vagarosas,
En monton agrupadas, se teñian
De tintas mil, dudosas,
Y formas caprichosas
Y paisajes magníficos fingian.

Ya trémulos espejos,

Del sol reverberaban el riente
Temblor de sus reflejos;
Ya imitaban de lejos,
Boca encendida de volcan rugiente.

Ya castillos sombríos,
Con torres de imposible arquitectura:
Ya prados, fuentes, rios;
Ya alegres caseríos
Salpicados del mar en la llanura.

Entonces, y en mal hora
Fué cuando el alma acarició demente
Esa ilusion traidora;
Esa fascinadora
Loca esperanza que morir ya siente.

No ya como antes era
Dulce ficcion mi pensamiento engaña,
Ni plácida quimera:
Hoy, la verdad severa,
El claro prisma con su aliento empaña.

La gloria! y es posible
No adorar esa plácida mentira
De encanto irresistible,
Cuando al amor, sensible,
El noble corazon arde y suspira?

Homero, Lope, Dante,
Herrera el inmortal, Taso el divino!
Con qué afan incesante
El niño delirante
Mil veces envidió vuestro destino!

Con qué sencillo anhelo,
Icaro nuevo, con mentidas galas
Crucé un instante el cielo,
Alzando el torpe vuelo
Al claro sol que derritió mis alas!

Y hoy que aun busco y adoro
Esa gloria, fanal de mi existencia,
En vano va la imploro,
Y despechado lloro
La triste conviccion de mi impotencia.

Oh tiempo ya pasado!
Qué pronto, ay triste! con su sello frio
El pensamiento helado
Del niño ha marchitado
El dichoso, inocente desvario!

Adios, fantasma hermoso,
Por quien la paz, la vida, el sentimiento
Sacrifiqué gustoso:
Me vuelvo á mi reposo,
Desengañado ya, falto de aliento.

A. G. G.

Escelencias de la lengua castellana para las canciones.

Vulgarmente se ha creido, y aun se cree, que la lengua española no es tan á propósito para la música como la italiana; y en esto á nuestro entender cometen un grandísimo error los que tal piensan y afirman. Es cierto que el idioma de Petrarca y Tasso en dulzura y primor hace notoria ventaja á los de otras naciones de Europa, y especialmente á muchos de los que tuvieron origen en los pueblos de la antigua Grecia y Roma; pero aunque está opinion encierra en sí tantos grados de verdad, no faltan autores, y muy graves, que reputen inferior á otras en algunas cualidades el habla en que fueron cantadas la Belleza de Laura, la Prudencia de Godofredo, y el valor de Reynaldo. El famoso ingenio español Lope de Vega, cuyo voto en materias de poesía es tan digno de respeto, hablando de la lengua portuguesa, la calificaba de *dulcísima*, y por mas encarecimiento decia que *para los versos era la mas suave*.

No es nuestro intento deprimir ni ensalzar otras lenguas en favor ó demérito de la española, sino solamente probar que esta, tan apta como la mejor para todo género de poesía y elocuencia, es igual á la italiana en suavidad, hermosura, gala y armonía, cuando se intenta acomodarla á los tonos de la música.

En tiempos en que se escribian canciones por los primeros poetas de la nacion española, tuvimos muchas y tan buenas que se atrevian á competir con lo mas florido que en este linaje de composiciones habian cultivado las Musas y producido el fecundísimo Parnaso de la ingeniosa Italia.

El célebre don Luis de Góngora, inimitable en lo lírico cuando se dejaba arrastrar de su vena poética sin encadenarla á la afectacion, nos dejó entre las varias y escelentes memorias de su claro ingenio, multitud de canciones de singular mérito. Suya es aquella que comienza así:

Las flores del romero,
niña Isabel,
hoy son flores azules
mañana serán miel.

Y en la cual glosando estos dos últimos versos se contiene el siguiente pensamiento, que sin

duda en delicadeza escede á los del tierno Anacreonte, ó á los no menos encantadores de Catulo:

Que celos entre aquellos
que se han querido bien,
hoy son flores azules,
mañana serán miel.

Don Pedro Calderon de la Barca, por mil causas famoso, escribió tambien muchas canciones para sus dramas: las cuales como hijas de tan grande autor, pueden ponerse al lado de las mejores de Metastasio sin recelo de que en esta competencia queden desairadas con afrenta, si no mengua, de la poesía castellana. Véase aquí una de ellas:

Ruiseñor, que volando vas,
cantando finezas, cantando favores,
¡ó cuanta pena y envidia me das!....
pero no, que si hoy cantas amores,
tú tendrás celos, y tú llorarás.

Don Agustin de Salazar y Torres, discípulo de Calderon, dedicó su ingenio y su pluma á obras de este linaje, y en ellas seguramente no quedó inferior á su maestro. De esta suerte lloraba los tormentos del *Amor enamorado*.

Disfrazado de pastor,
bajaba el Dios del Amor
á ver á Psiquis ingrata,
que con desdenes lo mata....
Mas ¡ay! qué dolor!
que lloren las aves,
que sientan las flores,
al ver que de amores
se muere el Amor.

El mismo ingenio cantaba así el nacimiento de Cristo en versos tan flúidos, tan dulces y armoniosos, dejándose llevar de la lozanía de su imaginacion, que en temprana edad y con dolor de las Musas castellanas fué arrebatada por la muerte.

Venid, pastores,
siguiéndome á mi.
Venid, venid:
veréis en la tierra
el eterno zafir:
venid y veréis
al sol que amanece:
con rayos de oro,
y el rico tesoro
que al hombre se ofrece:
clavel que florece,
mejor que en Abril:
venid, pastores,
siguiéndome á mi,
que ya yo le ví.

Estos ejemplos y mas de mil que pudieran ser aquí citados, bien claramente prueban cuánto se presta el idioma castellano á los sones de la música, así por su hermosura y natural armonía, como por la elegancia que han sabido darle los muchos y muy floridos ingenios que han honrado en España la poesía. Aun en nuestros tiempos hay ejemplos de esta verdad. Uno de ellos es la tan sabida y escelente cancion del *Pirata*, parto del malogrado Espronceda.

Es cierto que desde el siglo últimamente pasado, se han compuesto muchas canciones en ruin lenguaje y sin gala y artificio poético; pero justo y razonable será no atribuir la ineptitud y necedad de sus autores á falta de suavidad y armonía en la lengua castellana; la cual en las plumas de buenos autores, emula es sin duda de la latina, y de la mejor que pueda hablarse en los pueblos de la moderna Europa.

A. DE C.

APARICIO Y JUAN.

APAR. ¿Con que hablaste mal de mi?
JUAN. Sí, porque me dió la gana.
APAR. ¿Y dijiste que mi hermana
era tonta?...
JUAN. Lo dije, sí.
APAR. Arrepiéntete.
JUAN. Que nó.
APAR. Po te mataré, marvao.
JUAN. Mano ar jierro.
APAR. Está sacao.
JUAN. Po sígueme.
APAR. Allá voy yo.
JUAN. Aquí vas á perecé.
APAR. A una, á dos...
JUAN. Tira, Aparicio.

—«¿Se mataron?»—
—«¿Ellos? pué!...
»Gritaron con gran bullicio:
»*Jasta er dia del juicio;*
»y se echaron á corré.»—

J. S. P.

PAIS DE LAS MODAS.

CONGRESO DE SEÑORAS.

Se abrió la sesion á las 4½ de la tarde, aunque la cita era á las 11 de la mañana. Si no hubiese espejos serian las Sras. mas puntuales.

Un enjambre de damas de todas edades y cataduras toman el salon por asalto, entre una ruidosa algarabía que solo ellas pueden traducir.

La Sra. Presidenta agita fuertemente la campanilla; ni por esas. Pero la Presidenta conoce el paño, y despues de dar una maliciosa risa, pone un proyecto cartonera sobre la mesa. Reina un profundo silencio: ¡lo que puede la curiosidad!

La Sra. Presidenta. Siendo la cabeza uno de los anzuelos mas poderosos para pescar el cetáceo que llaman hombre; el mango por donde nos asen, y la cúspide de nuestro soberano edificio, y hallándose muchas de ellas en afrentosos descubiertos, por falta de cabellera; nos vemos en la necesidad de llamar la atencion del congreso sobre este tan peliagudo punto á fin de vencer los estragos de la intemperie, con los divinos auxilios del arte.

Piden á un tiempo la palabra, la Sra. *Peluca*, *Marmota*, *Papalina* y *Sombrero*.

La Sra. Presidenta. Tiene la palabra la señora Peluca.

La Sra. Peluca. Es horrorosamente inícua, inhumana é incivil, la desigualdad que en nuestras cabezas existe. Ha llegado felizmente el siglo de los gases, por no decir de las luces; pues bien, señoras, igualdad ante la ley: ó todas calvas ó todas con peluca.

La Sra. Pelo Rizo. Ese es un disparate mas grande y cumarañado que el estoperon de navío que le cubre á Vd. la mollera. *(Aplauden las peludas, murmuran las pelonas.)*

La Sra. Marmota. La señora Pelo Rizo reprueba la proposicion de la señora Peluca, porque tiene su señoría un pelo como la cola de un caballo: yo estoy por la nivelacion de calvas.

La Presidenta. Señora Marmota, esas son personalidades.

La Sra. Papalina. Apoyo á la señora Marmota en todo cuanto ha dicho, está diciendo y dirá, por la utopia *(risas)* y por el alumbramiento del filipichin. *(Una voz;* que va perdida su señoría.)

La Sra. Papalina. No me coge de susto, y finalmente yo zanjo estos asuntos á zapatazos: he dicho, señoras.

Las señoras que abundan en pelo. Fuera, fuera, que se arme la policía, carabineros y gastadores en ellas.

Las calvas miran en remolino para las puertas, y viéndolas sin fuerza armada ceden la palabra á la señora Sombrero.

La Sra. Sombrero. Señoras, entendámonos una vez siquiera; no seamos como los caballeros que charlan á mas y mejor, discuten y se acaloran para no sacar luego nada en beneficio de su país. Señoras, señoras, por Dios, que no nos vayan á llamar hombres, entendámonos siquiera por el honor del pabellon.

Varias voces. La señora Sombrero está bajo las influencias estranjeras, fuera, fuera.

La Sra. Peluca *se arranca la suya con cruel violencia, y esclama llena de entusiasmo*: Señoras, veis mi cabeza sin pelo de tonta, lustrosa como frac de cesante, y limpia como bolsillo de poeta, pues espuesta queda al sacrificio. Mi amor propio queda humillado, llevaré descubierta la incógnita á los soirées y teatros, centralizaré en ella todas las miradas del público, seré la víctima con tal de que tengamos paz *(llora)*; así refrenaré al lobo de los intereses particulares, y confundiré á la hidra de las siete cabezas, por no llamarla de los siete sillones. *(Prolongadísimos aplausos, alusiones sobre los hombres; muchas voces:* bravísimo, que aprendan, que aprendan.)

La Sra. Pelo Rizo. Si en mi mano estuviera le daba á su señoría todo mi pelo.

La Sra. Marmota. Un voto de gracia, un voto de gracia.

La Sra. Sombrero. Vista la nobleza de la señora Peluca, espero que haciendo todas un sacrificio, pongamos á cubierto las desamparadas calvas. *(Muchas voces:* que se cubran, que se cubran.) Se pone á votacion el adorno de cabeza, y la señora Presidenta lee el acta que dice así.—Considerando &c. el adorno mas adecuado resulta, para casa, cofia; para calle sombrero; en verano, el sombrero será de crespon riquísimo adornado de flores; para invierno, de terciopelo de lo mejor, adornado de cintas.

Una señora diputada, que hasta entonces habia permanecido en silencio envuelta en su velo, se pone de pies, da un grito alarmante y se arranca hecho hilachas el tul que la cubria: el congreso chilla, la incógnita diputada tiene bigotes, es un diputado marido que esclama con furia: Víboras, nos arruinais con vuestras actas de moda: ¡sombreros de terciopelo! el pelo tengo yo tieso de oir semejante proyecto. ¡Atentais con vuestras cabezas á las nuestras!

Este grito es ahogado por los de la multitud, el congreso en masa toca á rebato con sus campanillas y lenguas: hacen con un sombrero y tres añadidos una barricada, y á los tres mil disparos de zapatazos y dos ataques de uñas quedan por dueñas del campo.

A última hora. Son las 6¾ de la tarde: los maridos tienen cercado el edificio, las señoras por

las ventanas les hacen un fuego de miradas horroroso; los amotinados se lo devuelven graneado de maldiciones á sus esposas, y de requiebros á las ajenas.

J. S. P.

LA CITA A LA MADRUGADA.

SONETO.

No hay pena, no hay dolor, hermosa mia,
Que yo no arrostre por tus lindos ojos:
Esclavo viviré de tus antojos,
En tanto que á mi amor tu amor sonria.
Preso en tus dulces lazos noche y dia,
Bebiendo el néctar de tus labios rojos,
Cómo sentir los pérfidos abrojos
Que del mundo falaz cubren la via?
Adorarte y no mas! este es mi oficio,
Y no hay afecto ni pasion profana
Que no venza mi amor en tu servicio;
Mas, soy flaco mortal, hermosa Juana:
Pídeme de mi sangre el sacrificio,
Y déjame dormir por la mañana.

A. G. G.

Una ojeada sobre el socialismo.

Son por lo comun tan falsas las ideas que acerca del sistema de Fourier se han formado no tan solo muchos de sus detractores, si que tambien no pocos de sus sectarios, que ha dado esto márgen á que los unos á manera de D. Quijote ataquen molinos de viento, esto es, principios que no han pasado por la mente del nuevo reformador, y á que los otros pasceen su imaginacion por un campo de ilusiones que les embelesa y embriaga. Piensan que aquel filósofo ha predicado la igualdad de posicion social, la nivelacion de la riqueza. Las personas acomodadas miran en el socialismo el hacha niveladora que brutal é injustamente va á derribar en un dia el edificio de su fortuna, fruto de los trabajos y sinsabores de largos años. El infeliz y el jornalero se figuran que parte de sus riquezas, ajenas, segun el socialismo, deberán pasar á sus manos sin tener mas trabajo que alargarlas. Cuántos errores! Cuánta confusion de ideas! Mi intento, pues, al escribir este artículo no ha sido otro que procurar desvanecer los temores infundados de los unos y las locas esperanzas de los otros. ¿Y de qué otro modo mejor que haciendo una esposicion breve y sencilla, si no del sistema, al menos del pensamiento de Fourier, despojándole del fárrago de los términos técnicos que oscurecen algun tanto la doctrina?

Tres reformadores han aparecido en estos últimos tiempos: Owen, San Simon y Fourier. El primero basa su sistema en un principio contrario á la naturaleza, en el derecho igual de todos los beneficios y ventajas de la vida social; como si estos beneficios y estas ventajas no fueran hijos del talento, del capital, del saber y del trabajo, que por cierto no son ni pueden ser los mismos en todos los hombres. Quítese al linaje humano el incentivo de una escala de recompensas; ahóguese en el hombre el sentimiento natural de distinguirse entre sus semejantes, ya por su saber, ya por su riqueza, ya por su talento, y la sociedad lejos de progresar caeria bien pronto en una especie de marasmo.

Hé aquí el comunismo irrealizable que destruye la sociedad por su cimiento y que repugna á la sana razon, pues que para él no existen diferencias ni desigualdades en el linaje humano. Los ensayos infructuosos hechos en New-Harmony y New-Lanark han probado hasta la evidencia la imposibilidad de llevar á cabo el comunismo.

El sistema de San Simon [illegible] en un principio de otra naturaleza, q[illegible] mas que el anterior, y del cual no ha dejado Fourier de tomar algunas ideas, aun cuando presentadas de distinto modo. Consiste en sustituir el trabajo pacífico y creador al guerrero y destructor. San Simon juzgaba (¿y en esto qué economista no está conforme?) que el destino natural del hombre era el trabajo, la produccion de la riqueza. Era todo su conato alcanzar el triunfo de la industria sobre la guerra. Segun él debia formarse una aristocracia de los sabios, de los capitalistas y de los industriales, y concluir con la aristocracia de las armas que en su juicio era una aristocracia puramente destructora. Hablase de dividir la sociedad toda en estas tres categorías (como si la escala social pudiese dejar de ser numerosa), escepto el órden sacerdotal, en el cual debian aquellas apoyarse, reservando á esta clase el privilegio de designar á las demás los cargos,

ocupaciones y recompensas, siguiendo el precepto de que *á cada uno segun su capacidad, y á cada capacidad segun sus obras.*

Desde luego se echa de ver que proponiéndose borrar del todo el carácter militar, que aun conservan las sociedades que nacieron del feudalismo, les imprimia un espíritu teocrático, que andando el tiempo no tan solo prevaleceria sino que llegaria á dominar por completo, retrocediendo así en vez de avanzar la sociedad.

Meditando sin duda Fourier sobre el sistema de San Simon, se hizo cargo de que el trabajo debe ser en efecto el único punto á donde se dirija la sociedad; pero á fin de que sea con general provecho, fuerza es que tenga un carácter de unidad, del cual, conforme se ha visto, carece el principio de San Simon. Ha de estribar, segun el moderno reformador, en el beneficio mutuo de las clases todas de la sociedad, esto es, en la armonía ó perfecto acuerdo de los intereses, en la union de las clases todas, y de manera alguna en la sujecion á una de ellas. ¿Significa esto acaso igualdad ó nivelacion? Antes bien, la rechaza y es para él de todo punto indispensable la desigualdad de capitales, de saber, de talento &c., como que precisamente descansa en esto todo el edificio de su reforma. Quítese la desigualdad y vendria todo él por tierra.

Puesto que el hombre aislado, cualesquiera que sean sus fuerzas y su inteligencia, nada puede hacer ni para sí ni para los demás, es indispensable si ha de esplotar el globo en que habita que se asocie con sus semejantes. Pero en concepto de Fourier han de estar estas fuerzas sociales sujetas á ciertas leyes y determinadas condiciones, á fin de que produzcan el máximo resultado, así como en toda máquina están los motores regidos por leyes fijas é invariables.

La dificultad, pues, consiste en descubrir estas leyes y condiciones de la máquina social. Hé aquí el verdadero problema que intenta resolver. En este mecanismo cuál es el motor? quién dispone de estas fuerzas sino el hombre? Ahora, pues, siendo este un ser dotado de inteligencia, de voluntad, de pasiones, las fuerzas que le impulsen á obrar no pueden ser otras que sus inclinaciones, su voluntad y sus pasiones. La consecuencia natural y lógica es combinar estos móviles con cierta regularidad y armonía, á fin de que en lugar de estar en pugna abierta, lastimándose y destruyendo con los choques, se encaminen hácia un solo punto y cooperen á un solo fin. Y hé aquí cómo el problema social ha sido para Fourier la cuestion de la armonía de las pasiones humanas, y cómo el interés individual se convierte en el general. Puestas en armonía las pasiones, es decir, conciliando las clases mas opuestas por medio de los recíprocos beneficios, el mal de uno refluiria en los demás, todos estarian interesados en la conservacion de la paz; ya no existiria la discordia. Tal es la consecuencia natural que se desprende del socialismo.

No puede ser mas pacífico el pensamiento de Fourier, y por lo mismo no comprendemos cómo se hayan invocado en París sus principios para hacerse una guerra cruel, ni como se haya mezclado la palabra socialismo con las voces de venganzas y los gritos de esterminio. Ni el nuevo reformador pidió la igualdad de fortunas, ni jamás quiso motines para realizar sus doctrinas: y no obstante la guerra se hace y se pide la nivelacion. Hé aquí cómo interpretados malamente los mas sanos principios, conducen á fines opuestos y á resultados absurdos. El socialismo bien entendido en nada toca á las categorías sociales, muy al contrario, espera sus frutos de las mismas diferencias y desigualdades de gusto, de inclinaciones, de aptitud, de fortuna &c., que siempre han existido y existirán entre los hombres; y se promete utilizar estas mismas desigualdades, acercando el rico al pobre, el débil al fuerte, uniendo el niño con el anciano, la inteligencia que dirige con los miembros que ejecutan: en suma, poniendo en armonía y de acuerdo las fuerzas productoras á fin de crear una riqueza inmensa, cuyos beneficios se distribuyan proporcionalmente á la parte que representa ya el capital, ya el talento, ya el trabajo corporal, únicos elementos de que se compone la fuerza productora.

J. R.

EPIGRAMA.

A un tal Meira que lo echaba
De andaluz, siendo gallego,
Un pillastron nada lego,
Si era andaluz preguntaba.

Y ufano respondió Meira.
—«Yo andaluz, pues no que no.»—
—«Y de dónde es usted?»—
—«Yo
de Guerez de la Frounteira.»—
J. S. P.

COMPAÑÍA DEL PRINCIPAL.

Una sola representacion, y esa no de las de empeño como la de *La república conyugal*, no es suficiente para con algun acierto juzgar del mérito de una compañía. Esperamos asistir á mas funciones de las que se den en el Teatro Principal, para emitir nuestra opinion acerca de los actores, conocidos ya los unos y nuevos los otros, que acaban de llegar de Sevilla. Esto no obstante, y por via de juicio interino que despues nombraremos ó no en propiedad, manifestarémos que los actores presentados el Jueves en la escena, si no llevarán la representacion de una comedia de costumbres á toda la perfeccion apetecible, tampoco la harán de manera que quede el público disgustado. Son rémoras para no llegar á la deseada perfeccion ciertos *sonsonetes* de algunos, cuyo acompasado martilleo produce mal efecto en los oidos del auditorio; alguna desigualdad en la entonacion de los diálogos, desigualdad fácil de corregir; y tambien cierta exageracion que á su papel da una de las personas que mas aplausos puede arrancar á los espectadores.

No se crea por esto que somos contrarios de la compañía; nada de eso. Por lo mismo que esperamos tener en lo sucesivo mucho que aplaudir, hemos hecho propósito de no disimular lo que juzguemos digno de censura.

F. S. DEL A.

Cuestion de mayoría: el empleado.

Las once! arriba ya! fuera pereza
Que si en la cama estoy quizás me entuma:
Me afeito, y del primor hecho la espuma
Mi marcha á la oficina se endereza:
Leyendo los periódicos empieza
En ella mi quehacer: corto una pluma:
Un cigarro despues: hago una suma,
Y lo dejo quebrada la cabeza.
Por la tarde al café: luego al paseo:
Al ocultarse el sol á ver mi dama:
En seguida á jugar; y si cansado
Con tanta ocupacion tal vez me veo,
Cuando las doce son, vuelvo á la cama.
¡Talento necesita un empleado!!!

F. S. DEL A.

PLAZA DE MINA.

La plaza de Mina ha sido víctima de las doctrinas de Pitágoras; de huerto de reverendos trasmigró á ruinas, de ruinas á jardin, y de jardin á campos Elíseos. En su centro se ve una rotonda de elevados chopos encerrada en un cuadrado de vides y de preciosos árboles; y como suele decirse entre col y col lechuga, entre árbol y arbol se ven comodísimos asientos.

Que de fases diversas presenta esta encantadora plaza! Por la mañana la vereis ocupada por artesanos sin artes, por cesantes sin cesantías, por aburridos y por tal ó cual cántabro que cansado de berrear por esas calles de Dios se solaza con su amada cantara entre las pantorrillas, y sus dos nudosos puños en la hojalata de los cuartos, entregándose á un dulce y armonioso sueño, si es que puede tener algo de dulce y armonioso un aguador roncando.

Al descender el sol un enjambre de chiquillos, capitaneados por sus respectivas amas secas ó mojadas, sientan sus reales en el paseo, aturdiendo con sus descompasados gritos á los políticos que esperan con avidez las noticias del correo, y aun siendo algunas veces las víctimas en las corridas de toros que improvisa aquella juventud libre é inocente.

Ayer iba D. Pantaleon paseando á sus solas con cara como de haber comido la olla pegada, y peleando con las moscas que en guerrilla se le metian por debajo de su rubicunda peluca, y meditando en los asuntos de Francia, cuando un chico que hacia de toro [illegible] inclinaciones se revelan desde la niñez) llega á D. Pantaleon, le da una testa[illegible]a en su vientre de tonel y lo derriba sobre [illegible] la cuadrilla tauromaquica emprende hon[illegible]a, y D. Pantaleon se queda echando piropos, y [illegible] la tapa-calva que lleva el pícaro levante arrimada en un tropel de hojas, su sombrero mónstruo que queda como clavado, y persigue á un perro como un elefante que va saltando de gozo con la disparada dentadura postiza del pobre señor en la boca: todo se compone al fin, vuelve á armarse de caballero la víctima D. Pantaleon, y luego que puede romper el anillo de curiosos que lo ciñe, se va diciendo de esta manera: «á escribir, á escribir un folleto apoyando la degollacion de los inocentes por Herodes, y un tomo en folio, tratando de la tauromaquia infantil aplicada al abdomen de los ciudadanos pacíficos otro tratado de higiene sobre la digestion de las ollas pegadas; y últimamente, bajo el título de intereses materiales, probar la utilidad de otro diluvio universal, ó cuando menos un terremoto un dia sí y otro no.»

Y aquí dió fin
la ropa blanca
de mi hijo Martin
que fué á Salamanca.

Tendremos al corriente á nuestros amables suscritores, de los acontecimientos de dicha plaza, reservando en todos nuestros números una seccion que se titulará PLAZA DE MINA.

J. S. P.

CÁDIZ.—Imprenta de la Revista Médica, á cargo de D. Juan B. de Cueto